

¡Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Cadena, 39, 2.º, 1.ª

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 peseta
 Suscripción: España un trimestre. 1'00
 Extrajero . . . 1'50

ACTUALIDAD REVOLUCIONARIA

La revolución está en marcha. Todas las tentativas que la sociedad capitalista hace para sostenerse son inútiles, pues á pesar de los esfuerzos realizados, de las represiones más ó menos sangrientas la revolución social sigue su camino hasta llegar á su punto final, es decir, á la transformación de todos los organismos que viven en el régimen actual.

La revolución social que ha surgido para salvar á todas las razas y á todos los pueblos del oprobio que sobre ellos pesa, de la esclavitud moral y material que los hace víctimas, hoy está en uno de sus períodos álgidos y se espera mucho de la obra que efectúen los revolucionarios de este siglo que alguien llamó del proletariado y que nosotros intitulamos de la revolución y de la Anarquía.

Los dos siglos anteriores han servido para construir sistemas sociales salidos de las ruinas de los imperios viejos y de las sociedades en decadencia; el siglo XX es el siglo de la revolución. Surgió como anunciando una inmensa Aurora en medio de un Crepúsculo que nos circundaba y parecía anunciarnos el fin de toda vida y el triunfo de la muerte en marcha por el mundo.

Esto era imposible. No en vano nuestros abuelos en pelea contra sus amos nutrieron la tierra con su sangre; no en vano el pensamiento humano en sus investigaciones buscó la verdad, la dejó como herencia al mundo presente para que éste tradujera toda la obra de los siglos en acción fecunda, destructora y creadora, es decir, que hiciera obra de destrucción en un mundo viejo que no teniendo vida propia se haga desaparecer para dar paso á un mundo nuevo repleto de belleza y de vida.

El siglo de la revolución tuvo principio con grandes revueltas del proletariado en todas partes y hoy esas revueltas aisladas transformáanse en verdaderos períodos revolucionarios que señalan el porvenir para el mundo con entera libertad para los pueblos.

España, Rusia, Argentina, Filadelfia. España, con todo su haber revolucionario, ofrece al mundo el gran espectáculo de un pueblo que viviendo en una esclavitud material é intelectual lánzase á la conquista de mejor vida empleando todos los medios de la acción capaces de destruir todo el andamiaje social.

Argentina, hija directa del pueblo español, no bien que pudo librarse de la influencia de aquella revolución de la independencia, surgió á la vida revolucionaria y con sus movimientos obreros y sociales, con las huelgas cada vez más revolucionarias y con los atentados individuales contra los representantes de la autoridad ha impuesto aquel pueblo joven su deseo de libertad y de vida.

De Rusia no hablemos; ese pueblo soberbio, compuesto de todas las razas, influenciador por todas las religiones, supeditado por todas las esclavitudes, creó el medio de unir la teoría y la acción, el brazo y el cerebro para en la obra de destrucción no olvidar la necesidad de construir los nuevos organismos que han de substituir á los viejos. Así se explica cómo los campesinos, los estudiantes y los obreros al lanzarse á las plazas públicas y los empedrados de las calles, tenían buen cuidado de unir á la lucha contra los agentes de la autoridad, contra los ministros, etc., etc., el incendio de los establecimientos públicos y todos los archivos para que así la propiedad pierda todo origen individual y desaparezcan de hecho los propietarios de la tierra y de todo.

Y á aquella revolución soberbia continúa otra y hoy aparece en Filadelfia una gran revuelta con carácter revolucionario, nacida en la huelga de los obreros tranviarios, que se extiende y generaliza de tal manera que podría ser que muy pronto surgiera una gran huelga general en la mayor parte de los estados de la América del Norte que pondría en jaque á toda la organización social vigente.

No queremos hacer crónica. Dejamos al telégrafo que con su laconismo, nos cuente todo lo que hacen nuestros hermanos de Filadelfia:

«Se declaró la huelga general. Cien mil trabajadores recorren las calles en actitud poco tranquilizadora. La policía

y la guardia cívica son impotentes para contenerlos. Han sido asaltadas nuevamente las oficinas de los tranvías.

Los huelguistas entraron en tropel apaleando á los escribientes y al alto personal de la Compañía. Los muebles de las oficinas fueron sacados á un patio y allí les prendieron fuego. Realizando esta operación, los sorprendió un pelotón de agentes.

Los huelguistas, parapetándose tras los muebles todavía humeantes, rechazaron á tiros á los agentes.

Por tres veces la guardia cívica quiso penetrar en el patio para acorralar á los sediciosos, y otras tantas fué rechazada con bajas vistas.

Dueños del campo los huelguistas, penetraron en las casas de los administradores y gerentes, tratando de incendiarlas. De nuevo apareció la policía y entonces se entabló una verdadera batalla. Por ambas partes cruzáronse más de mil disparos, quedando en tierra muchos muertos y heridos.

Durante todo el día han continuado las colisiones. Las mujeres excitan á los hombres para que se defiendan, y á falta de armas arrojan piedras sobre la fuerza pública. La noche anterior fué verdaderamente trágica. Aprovechando los huelguistas que la población estaba á oscuras, sitiaron los puestos de policía.

Algunos asaltaron los almacenes de comestibles; otros destruyeron las Centrales de telégrafos y teléfonos, otros volaron con dinamita los puentes de las estaciones férrreas.

Al amanecer supieron que las milicias del Estado hallábanse reconcentradas para marchar sobre Filadelfia. Inmediatamente los huelguistas dirigiéronse hacia la estación para levantar los rieles. La estación hallábase bloqueada por centenares de guardias.

Comenzó la escaramuza, que al poco rato degeneró en horrible tragedia. Los obreros defendíanse cuerpo á cuerpo de los avances de los guardias. Tras un duro combate, que duró hasta las diez de la mañana, los huelguistas se retiraron sin lograr su objeto.

La detención del presidente de la Federación local del Trabajo ha constituido una nota sangrienta en la hecatombe de esta huelga. La policía rodeó al presidente, intimándole para que se constituyera preso; él se defendió heroica y desesperadamente, matando á dos guardias.

Han llegado tropas. Diez mil milicianos ocupan militarmente la ciudad. Los ánimos están más calmados.

Los comercios continúan cerrados, faltando el pan y toda clase de víveres. La ciudad está tranquila; pero continúan los incendios de fábricas. Los obreros, sitiados en las barricadas y en las fábricas, se resisten desesperadamente. Han sido hallados carbonizados los cadáveres de muchos fabricantes. Los revoltosos marchan sobre San Francisco. Las tropas han salido en su persecución.»

Frete á frente

Hoy como ayer y como en todas las épocas de la historia, se han deslindado las posiciones entre los partidarios del pasado y los partidarios del porvenir; hoy como ayer y como siempre, el ejército de la luz y de la vida está en frente del otro ejército de las tinieblas y del obscurantismo. En vano las fuerzas reaccionarias se oponen al libre desenvolvimiento del pensamiento humano; en vano los representantes del ayer quieren detener la evolución de las ideas modernas en su marcha tumultuaria hacia el mañana espléndido; en vano la noche se opondrá al Crepúsculo precursor de la Aurora y del día.

Las ideas de redención humana no pueden morir á pesar de todos los naufragios; ellas saldrán siempre á flote por su solidez y por su riqueza. Han nacido para vivir porque tuvieron su origen en aquel catalismo social, padre de todas las innovaciones modernas; nacieron del charco de sangre que los revolucionarios de 1789 derramaron en París para abrir nuevos horizontes á la evolución de las sociedades.

La reacción es ciega. El ideal anarquista, como todos los ideales, tiene que ser una realidad, á pesar de todas las tormentas. Cuando surgió á la vida, por obra de sus

apóstoles, parecía que el ambiente le era ageno, porque los pueblos que vivían en la ignorancia, no podían comprenderlo; fué necesario todo un aparato de fuerza: fué necesario que alguien se sacrificara é hiciera con la acción propaganda para que el ambiente comprendiera su hermosura y su riqueza; y entonces vivió. La reacción, enemiga de todo progreso, lo persiguió á muerte, mejor dicho, persiguió á sus apóstoles, pero de todas las acometidas de los enemigos, él salía incólume, viviendo su vida lzana, preñada de bellezas.

Todo fué inútil. Y después, cerca de un siglo que viene influenciando en la vida de las sociedades, ahora se le quiso matar, matando á los hombres que lo propagaban y que lo hacían carne entre las masas populares.

La reacción ha probado, por último, su impotencia, porque las ideas que pretendiera aplastar siguen viviendo su vida y continúan la marcha señalada por la historia que las engendrara.

No hemos de anatematizar ni criticar la obra de los partidarios y sostenedores de la sociedad actual. Crearon el Estado con toda su organización gerárquica y burocrática, para defender el orden, la propiedad privada, la moral y todas las instituciones sociales. Ahora bien; los anarquistas y con los anarquistas todos los hombres justos y amantes de una vida digna de ser vivida, declararon la guerra sin cuartel á toda la organización vigente; ellos proclamaron la necesidad de una revolución en el orden económico, moral, político y social para transformar todo el andamiaje social por otro más humano y en concordancia con las leyes que rigen el Universo.

Los anarquistas han probado hasta la evidencia que la sociedad, tal como está organizada, es un insulto latente contra la Naturaleza y contra la vida. El Estado, que es el órgano sostenedor del régimen, por medio del principio de autoridad coarta todas las libertades del pueblo y lo tiene sumido en la ignorancia y en la esclavitud, pues por medio de sus instituciones ha sancionado leyes que obligan á los hombres á vivir en la indignidad perpetua; sancionó la miseria de los trabajadores con el respeto á la propiedad, á la religión y á todas las instituciones, y esa es la causa de todos los desórdenes y de todas las rebeldías. Ahora bien; hemos de reconocer que los sostenedores de la sociedad presente obran como buenos cuando obran contra nosotros, porque tratamos de destruir toda la organización social.

En este estado sostenemos nuestra beligerancia. Nosotros, con nuestra acción y con nuestro pensamiento, marchamos hacia la revolución salvadora; revolución moral, económica, política y social. Vamos á abolir el Estado enemigo de nuestra libertad; á hacer que la propiedad de la tierra, de las minas, de las fábricas, etc., que están en manos de unos cuantos, sea de todos por medio de la fórmula económica que lleva por nombre COMUNISMO; á la moral suicida que nos agobia surgirá una moral nueva, sin obligación ni sanción, producto de la psicología de cada uno y de todos; á la religión la sustituiremos por el trabajo y la razón.

Este es nuestro programa y esta es nuestra acción. ¡Que nos detengan!

HOBBS

A vuela pluma

En el libro *La Ciencia de la felicidad*, de Juan Finot, hallo este pensamiento:

«Los partidos de oposición, al escalar el poder, pierden casi todas sus rebeldías; solo son grandes en la persecución, en la lucha, en los sufrimientos.» (página 93.)

Si el poder debilita y si la rebeldía constante es lo único que fortalece, podemos decir que el partido que ha hallado el secreto del progreso es el partido anarquista, que no quiere escalar las alturas corruptoras de hombres y castradoras de energías.

«Conquistar el poder, para qué? «En todos los tiempos y en todos los países—dijo Carlos Lyon Caen, discurrendo recientemente en la *Académie de Sciences*—la sociedad ha podido modificar una ley, mientras que una disposición legal jamás ha creado ni modificado una sociedad.»

«Es un error—agrega Caen—abrigar la creencia de que toda la vida social se halla organizada y funciona bajo el imperio absoluto de las leyes. La

legislación es, por el contrario, indudablemente impotente para modificar las instituciones, en tanto no sean éstas modificadas por la presión que los hechos y las costumbres ejercen en las colectividades.»

Sobra, pues, como afirma la escuela anarquista, toda la legislación, «el afán legislador, perturbador profundo de la compaginación social», de los que creen que sin leyes la sociedad no puede progresar. El progreso está, por consiguiente, fuera del Estado que con sus leyes pone un obstáculo á los «hechos y costumbres» que, salidos de la iniciativa individual y libremente actuados, modificarían las instituciones.

Todo esto lo sabemos perfectamente, pero bueno es hallar ciertas afirmaciones en escritores de la burguesía, porque nos permiten afirmar más rotundamente si cabe esta verdad: las leyes son el producto de la desigualdad económica imperante. La igualdad no necesita codificaciones. No la necesitan los animales sociables, pájaros, hormigas, abejas, etc.; no la necesitaron los hombres primitivos de vida comunista. La autoridad, la ley, es consecuencia de la propiedad privada. Ambas instituciones se han desarrollado paralelamente. La historia de la autoridad es la historia de la propiedad individual.

Por esto cuando los anarquistas decimos: el que pretende mandar en mí es un farsante, es porque sabemos que oculta un propietario ó un aspirante á propietario. Son cosas inseparables.

Y verdaderamente socialistas, decimos á los que se precian de serlo más científicamente que nosotros porque admiten el principio de autoridad: queréis ésta porque esperáis ser propietarios, sujetando con leyes nuevas á los que habréis despojado del patrimonio común.

Y cerramos esta afirmación con esta otra de G. Maillet del Partido Obrero francés:

«Desde la constitución del ministerio Waldeck-Rousseau-Millerand, los socialistas ministeriales han sacrificado constantemente los intereses superiores del socialismo á bajos intereses políticos.»

Que es como decir: los hombres de autoridad, sea la que fuere la etiqueta, sacrifican los intereses del proletariado al interés de clase burgués. Se emancipan económicamente; no emancipan á nadie. No pueden.

Por aquello de Caen: «una disposición legal jamás ha creado ni modificado una sociedad.»

Y nada más.

URANIA

LA PERSECUCION EN ZARAGOZA

La explosión de unos petardos y el hallazgo de unos papelititos sirvió de pretexto para la prisión de seis compañeros nuestros en Zaragoza.

Ya se sabe: en tratándose de petardos no han de ir á prender canónigos, ni burgueses, ni damas de la aristocracia.

En esto el *qui prodest*—(á quien aprovecha el delito)—es una norma segura; porque lo que habrá pensado quien haya tenido obligación de pensar y resolver en el asunto: ¿A quién aprovechan los petardos?—Los obreros emancipadores son perseguidos en cuanto se oye un ruido que desentona un poco en la armonía social; á ellos les convienen esos ruidos porque así ganan la palma del martirio; pues, según la lógica más rigurosa, ellos son los culpables. ¡A la cárcel con ellos!

Recientemente, de seis compañeros presos, han sido excarcelados dos; quedan cuatro esperando.

La causa ha pasado á la Audiencia, y tal está la cosa, que, según uno de los procesados, no habrá más remedio que el sobreseimiento, porque el *qui prodest* por esta vez ha metido á los justicieros en falsa vía, todo por no hacer caso de aquella *pista de altura* de que habló un día cierto sujeto que olvidó por un momento las mentiras convencionales que hacen el papel de verdad en el mundo burgués en que vivimos.

Estaremos á la mira.

Entre tanto los compañeros que padecen en Zaragoza tienen buen ánimo. Ya saben que al declararse reivindicadores de su participación en el patrimonio universal les habrá de tocar por el pronto la peor parte, y no olvidan que dando satisfacción á su conciencia de luchadores por la justificación de la sociedad humana se preparan la mayor felicidad posible.

Como verán nuestros lectores en la cabecera del periódico, queda definitivamente instalada la Redacción en la calle de la Cadena, núm. 39, 2.º, 1.ª.

Toda la correspondencia dirijase á nombre del Administrador.